

EL ASCETA, EL MÍSTICO Y EL OCULTISTA

El asceta desprecia la vida mundana, la conformidad con lo exterior, la complacencia de los sentidos. Él desmonta, pieza a pieza, la realidad exterior y, luego, arroja lejos de sí todas las piezas y se queda desnudo, con la esencia del ser, en espera de la iluminación.

El místico prescinde del mundo externo. Da un salto mortal hacia arriba y, haciendo caso omiso del mundo y sus pompas, se une directamente al origen de todo.

El ocultista acepta el mundo exterior como escuela necesaria para la evolución; reconoce su valor como banco de prueba, como crisol, como condición sine qua non para, una vez comprendido, seguir viviendo en él, pero por encima de él, manejarlo sin contaminarse, utilizarlo sin ser por él tentado y, con ese bagaje adquirido en el mundo, elevarse consciente, seguro y en línea recta al encuentro de Dios.

* * *